



## PRELUDIO

*Año 1317 On Entira (diez años antes del hallazgo de Anthos)*

Dos millones de almas residían en aquella ciudad interminable, pero solo una podía ser su hermana. Y, al igual que muchas otras, no había nacido allí.

El mundo era un laberinto de calles, avenidas y plazas que se extendían más allá de los muros de aquella casa. Élzig, que había comenzado a explorarlo nada más aprendió a sostenerse sobre sus piernas, apenas había llegado a conocer íntimamente un puñado de este. Sabía encontrar su camino a través del resto; pero la ciudad era un lugar inclemente, donde aventurarse demasiado fuera del barrio de uno podía tener consecuencias desagradables. Otras zonas estaban directamente vetadas a quienes no poseían la categoría suficiente o no podían demostrar que eran parte de la servidumbre invitada para satisfacer las necesidades de sus residentes. Había restos de murallas antiguas que habían sido fagocitadas por la imparable expansión de la ciudad, de los que apenas quedaban vestigios explotados por los nuevos edificios en su favor. El semicírculo exterior trazado por la muralla nueva presentaba un obstáculo colosal que rodeaba la metrópoli hasta adentrarse en las aguas del mar por ambos extremos, e incluso

aquel empezaba a ver desparramarse nuevos barrios más allá de su protección. Y estaba el puerto, o mejor dicho la sucesión de puertos encadenados por los que circulaban a diario las mercancías y viajeros provenientes de todos los confines del mundo conocido. Si los habitantes ya eran en sí un mosaico de razas y culturas, por los muelles se podía encontrar uno con personajes de lo más exótico y sorprendente.

Dos millones de almas habitaban en Thang, la capital del gran y deslumbrante Imperio de Tháner, y al menos otros dos millones atracaban y zarpaban de allí en algún momento de su vida.

Para él, ninguna llegaría a unirse tanto a la suya como la de Khérmer.

El padre de Élzig era un marino que recalaba en la capital cada cierto tiempo. No era ningún secreto que tenía al menos otras dos mujeres con las que había engendrado descendencia, y las tres se conocían entre ellas y asumían aquel acuerdo con normalidad. Las mujeres de los marineros estaban acostumbradas a no depender del trabajo del marido o amante alguno, al igual que tampoco se consideraban obligadas a guardarles las ausencias. La madre de Élzig trabajaba en las cordelerías que nutrían la boyante industria naviera de Thang cuando salía algún encargo y el resto del tiempo cosía o hacía la colada en los barrios más pudientes. Su único hijo vivo estaba acostumbrado a acompañarla desde que tuvo edad para ayudar, en lugar de ser dejado al cuidado de otras mujeres. El día sexto de la semana acudía a la escuela del distrito para aprender a leer, escribir y hacer las cuentas gracias a los ahorros que su madre iba guardando para ofrecerle alguna formación. Como buen hijo, reprimía su escaso interés y se aplicaba en dominar aquellas lecciones para quedar libre cuanto antes y poder dedicarse a merodear por las calles con sus amigos. Ocasionalmente, su padre atracaba y visitaba a sus familias con regalos,

y Élzig disfrutaba escuchando sus historias de otras tierras antes de ser despachado con una moneda en el bolsillo para dejar cierta intimidad a los adultos y salir a buscar alguna manera excitante de gastar su nuevo capital.

A sus doce años, sin embargo, una de las visitas de su padre no había seguido el guion del relato de sus viajes mientras disfrutaba de la comida preparada por su madre, al tiempo que esta le hacía arrumacos con ganas de mandar a su vástago a la calle para echar la siesta a su lado. En cambio, había comentado que su último viaje lo había llevado a través de los estrechos de Anqüi hasta la frontera con Atha, probablemente en algún negocio no del todo limpio, y su barco había aceptado dos pasajeros para el viaje de regreso.

—Se trata de una señora y su hijo. Deben ser gente importante, a juzgar por la calidad de sus ropas y el contenido de su bolsa. Embarcaron de noche y la capitana exigió discreción. Pero ya sabes cómo son las cosas a bordo y, cuando doblábamos Ranqüi, ya corrían todo tipo de murmuraciones. Antes de superar los Estrechos, la capitana me preguntó si conocía a alguien de confianza en Thang para trabajar a su servicio y le dije que por supuesto. Es una buena oportunidad.

—¿Quieres que sea la criada de una extranjera? —bromeó, poniendo tono de indignación.

—¿Y por qué no? Un trabajo fijo, alojamiento y comida para ti y para el chaval. Solo tienes que comportarte y ayudarle a aprender las costumbres de aquí. La capitana me la presentó y estuvo traduciendo nuestra conversación. Le gustó la idea de que tuviera un hijo con la edad apropiada para hacer compañía al suyo. Chappurea algo de comercial, tendrás que irle enseñando.

Élzig sintió curiosidad ante la idea y, cuando su madre y él fueron presentados a los extranjeros tras acicalarse y acudir a la hospedería del puerto donde se alojaban, su interés se redobló. La

patrona de su padre hizo de intérprete y su madre aceptó el trabajo tras conocer los detalles, que no acababan en su empleo como sirvienta, sino que incluían ayudarles a encontrar casa, prepararla y enseñarles todo lo que hubiera que saber para vivir allí. Las extrañas y austeras ropas de los exiliados eran de calidad innegable, a pesar de su falta de adornos superfluos, y los modales de la mujer, aunque algo tajantes, exudaban buena cuna. El hijo era algo más pequeño que él, tanto en edad como en estatura, con cabello largo y bien cortado y ojos negros que lo contemplaban con seriedad. Estuvo haciéndole algunas muecas disimuladas para tratar de congraciarse, pero no obtuvo más que alguna expresión de extrañeza. Pronto descubrió que no entendía ni palabra de su idioma y, cuando al cabo de varios días su madre ya arregló el alquiler de una casa conforme al presupuesto que le habían encomendado y se mudaron todos allí, su vida comenzó un nuevo episodio.

Al principio, Élzig se sintió casi tan desorientado como los extranjeros. La casa estaba en uno de los barrios acomodados, lejos del bullicio entre el que había crecido cerca del puerto, si bien era modesta en comparación con las lujosas residencias de las tres colinas que rodeaban el recinto imperial. Pero habitar en un pequeño edificio que era suyo en exclusiva e incluso contaba con un discreto patio y una fuente cercana que traía el agua desde uno de los doce acueductos que surtían Thang era un auténtico lujo para él. Su madre se entregó de lleno a la tarea de aclimatar a su señora, empezando por hacerle un vestuario nuevo y practicando el idioma con ella. También buscó los servicios de un maestro de escuela que empezó a venir a diario para instruir a Khérmer, lecciones a las que insistió que asistiera para acompañarle y por ver si también se le pegaba algo de conocimiento. Élzig descubrió entonces que lo que le habían parecido tediosas lecciones en la escuela no habían sido sino el aperitivo, pero su compañero se aplicaba con

rigor a aprender la lengua y logró dominar la escritura y la lectura desde el principio. Gracias a aquellas primeras lecciones, empezaron a poder comunicarse y dar contenido a sus juegos.

Entre la mudanza a otro barrio y la obligación implícita de hacer compañía a aquel niño cuando no estaba cumpliendo con los recados que le encomendaba su madre, su vida callejera se había visto drásticamente reducida. Pero no tardó en aprovechar sus salidas para ir haciendo migas con otros chicos y chicas del barrio y, al poco tiempo, ya volvía a compartir juegos con los hijos de otras familias de sirvientes que merodeaban por allí, e incluso ocasionalmente de los de sus empleadores. Cuando le preguntaban por su casa respondía lo mejor que podía y explicaba que el hijo de su señora no salía apenas porque aún no dominaba la lengua. Fue inevitable que comenzaran las especulaciones, pero si su madre había llegado a conocer mejor a la distante señora a la que servía y las circunstancias de su emigración, se abstenía de compartirlo con él.

No obstante, un día se llevó una gran sorpresa. Su madre había estado trabajando en otra prenda cuando no cocinaba o recogía, y Élzig había dado por hecho que se trataba de un nuevo vestido para la señora. Su estupor fue grande cuando Khérmer salió vestido de la habitación para desayunar antes de las lecciones del día ataviado con aquella falda de color crema y la melena recogida en una trenza enroscada sobre la coronilla. Ante él había una niña, no un niño, y su madre tuvo que carraspear para recordarle que cerrara la boca. No fue suficiente para frenar su curiosidad, naturalmente, y cuando el maestro terminó con la lección del día sin haber dado muestras de compartir su asombro, no pudo evitar preguntarle:

—Pero entonces... ¿Eres un chico o una chica?

—No sé. —Se encogió de hombros y pareció pelear con aquella nueva lengua para explicarlo—. Dos las cosas, creo. A veces siento chico, a veces siento chica. No creo importante.

Anonadado, Élzig proyectó la mano sin pensar hacia su entrepierna para comprobarlo en persona, quizá esperando que aquellos genitales también aparecieran o desaparecieran a voluntad, puesto que los había visto con claridad en los días que tocaba bañarse en la tina. Khérmer frunció el ceño y le dio un empujón para separarle, pero durante aquel instante fugaz pudo comprobar que lo que había visto en numerosas ocasiones seguía colgando en su sitio.

La chica con pene fue a encerrarse en su cuarto sin querer jugar aquel día y Élzig pensó que tal vez se había metido en problemas cuando su madre no tardó en llamarlo para tener una conversación a solas con él. Sin embargo, aunque su tono fue severo, sus palabras no fueron tanto una reprimenda como una explicación.

—¿Recuerdas lo que se enseña en el templo sobre los dioses? —preguntó.

—Sí. Se reúnen en el senado celestial para gobernar los asuntos de los mortales y cada uno tiene una función. Alvar es la diosa del amor y los océanos, Sinar es el dios de la guerra y la justicia, Kor es el dios de la forja y la artesanía, Melina es la diosa del comercio y las artes...

—Y el emperador y emperatriz de todos ellos es Oros, que es a la vez padre y madre y reina entre las estrellas, bajo la tierra y en las aguas, y no es «él» ni «ella», sino «elle». ¿Recuerdas? —Élzig asintió—. Pues bien, de vez en cuando Oros bendice a una criatura recién nacida con sus dones y hace que comparta parte de sus misterios y sea, a la vez, hombre y mujer. Elle, Khérmer, recibió esa bendición al nacer.

—Pero... ¡Si tiene huevos como yo!

—La carne es mortal, hijo mío, y como tal adopta una forma u otra. Pero su alma fluye entre un lado y otro, aunque eso no importa porque siempre es el mismo o la misma Khérmer.

—Pues no lo entiendo —se empecinó.

—Pues tendrás que entenderlo. No quiero que vuelvas a importunarle de ese modo, punto. Le tratarás igual cuando decida ser una chica que cuando sea un chico.

La arbitrariedad de su madre enfurruñó a Élzig, quien, no obstante, se abstuvo de hacer más comentarios y trató con cierta indiferencia a aquella extraña niña durante los días siguientes. Hasta que, un día, vio la ocasión de cumplir a la vez con las indicaciones de su madre y desahogar su frustración cuando Khérmer propuso jugar a pelearse con espadas de madera, como habían estado haciendo antes de que mudara sus calzas por la falda.

Arremetió contra ella con ganas, tratando de demostrar a todo el mundo que las chicas no eran tan duras como los chicos a la hora de darse mamporros. Hasta ahora, se había contenido de utilizar la experiencia adquirida peleándose con los demás chavales de su antiguo barrio por temor a abrirle la cabeza, juegos violentos que solían degenerar en verdaderas melés para acabar con un generoso reparto de contusiones y cicatrices. Khérmer el chico se defendía bien, pero al deshacerse de cualquier restricción para acometer con toda su furia, cogió por sorpresa a Khérmer la chica. Para complicarle las cosas, la falda entorpecía sus pasos y no tardó en llevarse un par de mamporros y verse gimiendo en el suelo ante un Élzig triunfal.

—¡Élzig! —chilló una voz desde el balcón. El joven reconoció el tono de enfado de su madre y supo que se la había cargado, aunque la satisfacción ya no se la quitaría nadie. Alzó la mirada para verla con expresión iracunda, aunque casi de inmediato apareció la señora con su expresión grave y le posó la mano en el hombro

para negar con la cabeza. Extrañado, sintió la mirada penetrante de aquella mujer clavándose en él, sin animadversión, pero tampoco con simpatía, antes de desviarse hacia su hija y decirle algo cortante en aquel idioma extranjero.

Khérmer se puso en pie y asintió, alzando la espada de madera en una clara invitación a proseguir.

El joven no supo qué hacer. Sentía la mirada de enfado de su madre junto a la de fría expectación de su empleadora y, al mismo tiempo, un brillo de determinación en aquel rostro infantil que no era femenino ni masculino del todo. Decidió que lo mejor sería volver a moderarse y así dejar que pasara todo sin más consecuencias. Alzó la espada de palo y asintió.

No estaba preparado para lo que vino a continuación.

Aquella mocosa a la que sacaba dos años y casi una cabeza atacó con una seguridad y una técnica impecable que rara vez había visto en sus altercados callejeros. La falda dejó de ser un impedimento para ella conforme iba arrinconándolo con una serie de golpes bien dirigidos ante los que a duras penas podía defenderse mientras retrocedía, y su instinto tomó las riendas para olvidar cualquier restricción y emplearse a fondo en el duelo. El tamaño y la fuerza estaban de su parte, lo que no impidió que chillara de dolor cuando la madera de su contrincante se abrió camino para dejarle el brazo insensible y un buen cardenal en la espinilla. Desesperado, no vio otra forma de finalizar el juego más que arrojarle en plancha sobre ella, lo que le valió un palo de propina en el estómago, para rodar por el duro suelo de ladrillo en un forcejeo para el que Khérmer tampoco se defendió mal hasta que las voces a coro de sus madres lo interrumpieron. Élzig quedó inmóvil y con el rostro de Khérmer a un dedo del suyo, ambos resollando y clavándose una mirada feroz. Entonces la chica sonrió irónicamente y le guiñó un ojo antes de separarse,

dejándolo magullado y tendido sobre el suelo sin muchas ganas de seguir jugando.

Esperaba algún tipo de castigo tras el incidente, pero, aunque estaba claro que su madre ardía en deseos de imponérselo, la señora debió disuadirla, ya que se contuvo y tan solo estuvo tratándolo con una severidad mayor a la acostumbrada hasta que el incidente fue quedando olvidado. En cualquier caso, aprendió a tratar a Khérmer la chica con el mismo respeto que al chico, y también entre ellos pareció olvidarse el asunto para seguir estrechando lazos al mismo ritmo vertiginoso que progresaba su dominio del idioma. Un buen día, volvió a presentarse con las calzas y el pelo recogido en una coleta y se vio de nuevo frente al chico. Entonces se dio cuenta de que ya estaba listo para aceptarlo con naturalidad.

De todos modos, una pregunta seguía sin respuesta: ¿quién era aquella gente tan extraña?

Cuando la señora dijo que ya era hora de que su hijo fuera conociendo un poco más acerca del mundo exterior y su madre lo mandó con él a hacer un recado, Élzig se sintió algo incómodo. No sabía cómo reaccionaría el resto de sus nuevos amigos al conocer por fin a le misteriose extranjere y, para complicar más las cosas, no se había abstenido de mencionar su género fluido. Por fortuna, ya había aprendido que era capaz de defenderse solo, pero los peores golpes podían venir de las palabras en vez de los palos y no estaba seguro de hasta qué punto lo habían encomendado con la protección de su joven señorite. A pesar de ello, Khérmer caminaba a su lado con seguridad y, si acaso, tan solo dejaba vagar la mirada con algo más de curiosidad al ir absorbiendo los detalles de un mundo casi desconocido para él.

Su intención era la de ir directos a la carnicería y la panadería del barrio para recoger el pedido y regresar sin entretenerse, pero de forma inevitable acabaron cruzándose con los otros chavales

y rápidamente se formó un corrillo de curiosos para conocer por fin al enigmático extranjero que tan pronto llevaba calzas como falda. Élzig trató de contenerlos para que no lo frieran a preguntas, pero Khérmer se defendió con soltura incluso ante las más impertinentes y se dio cuenta, anonadado, de que las chicas del grupo lo contemplaban con ojos si cabe más interesados. Sin saber por qué, aquello le hizo sentir celos.

Poco a poco, sus salidas juntos se convirtieron en habituales. No faltaron los incidentes, como es natural, ya que acabaron implicando a le extranjere en alguna de sus correrías, pero la madre de Khérmer no protestó ni siquiera cuando su hijo o su hija, según el momento, volvía a veces con algún roto en la ropa o una magulladura. Los años transcurrieron y las lecciones a domicilio de lengua, matemáticas y literatura dieron paso a otras más prácticas como la geografía, la historia militar y, sobre todo, la esgrima.

Élzig pudo compartirlas, y disfrutó enormemente de esta última. Había aprendido que su compañere ya había recibido clases desde los siete años y ahora, con quince, su nivel era más que notable. La madre, que llevaba un tren de vida austero para lo que se notaba que había disfrutado en su patria, no reparaba en gastos cuando se trataba de la educación de su hije. Tan solo lamentaba que la renta de la que disponían no le permitiera pagar también clases de equitación para Khérmer, y Élzig se quedó boquiabierto cuando declaró de pasada que, de haber permanecido en Atha, habría aprendido también a cabalgar los míticos y aterradores dragones que patrullaban los cielos de aquel reino oscuro sobre el que corrían todo tipo de historias estremecedoras.

Pero todo aquello era accesorio para el joven nacido en los barrios portuarios de Thang. Para él, Khérmer se había convertido en algo más que en le hije de la señora para la que trabajaba su madre.

Al principio le costó darse cuenta, pero un día que decidieron ir a solas a explorar los barrios altos, cuando ya tenían respectivamente diecisiete y quince años, pudo disfrutar una de las jornadas más felices de su vida. La madre de Khérmer le había dado nada menos que un laurel de plata, y recorrieron las tiendas de fruslerías planeando cómo gastarlo antes de decidir invertir una parte en una jarra de vino que llevaron consigo hasta lo alto de uno de los fragmentos de la muralla antigua desde donde se dominaba parte del campo de Sinar, el acuartelamiento de la guardia adyacente al recinto imperial. El sol de primavera ya caía hacia el horizonte mientras compartían la bebida y contemplaban fascinados cómo los leones alados aterrizaban en la pista o despegaban con un aleteo conforme se daban el relevo en la vigilancia de los cielos sobre la capital, compartiendo el sueño de poder subirse a lomos de uno de aquellos algún día e incrementando la dimensión de sus fantasías según el vino iba haciendo efecto.

Sin haberlo buscado, de pronto se dieron cuenta de que estaban apoyándose el uno sobre el hombro de le otre. Volvieron la cara para mirarse y empezar a reír de forma absurda, pero no se separaron. Callaron, volvieron a reír, y entonces fue Khérmer quien tomó la iniciativa y acercó los labios para besarle.

Todo lo que había estado fraguándose a lo largo de los últimos cinco años de convivencia afloró así a la superficie. Élzig se había ido liando con varias chicas del grupo, aunque su amigo no parecía haberse interesado por nadie, ya fuera como chico o como chica, y la amistad inquebrantable que había nacido entre ambos incluso hacía que hablarle de cómo había perdido la virginidad fuera lo más natural, sin advertir que Khérmer respondía al relato con un silencio que había interpretado como respetuoso. Ahora comprendió que no se trataba de envidia, sino de celos. Los mismos celos que había sentido él al ver cómo las chicas hacían

intentos de aproximarse a le extranjero incluso cuando vestía la falda y que no se había explicado hasta ahora. Con aquel beso, su cabeza, algo aturdida por los vapores del vino, comprendió que siempre había estado deseando dar el paso, pero no había tenido el valor para reconocer que estaba enamorado de Khérmer hasta lo más profundo de su alma. Un alma que era hermana de la de aquella chica y aquel chico colocados por Oros en el cuerpo que ahora estrechó para besarlo con más intensidad.

El idilio se había prolongado durante varias semanas de felicidad. Su primer instinto fue ocultarlo, pero la señora no debió tardar en intuirlo y los llamó ante su presencia y la de su madre para preguntarles sin rodeos si estaban teniendo una aventura. Élzig no acostumbraba a sonrojarse, pero esta vez se puso como un tomate. Sin embargo, Khérmer buscó su mano para estrecharla y, así cogidos, responder que sí. Su madre se llevó la mano a la frente, visiblemente abochornada, pero la señora asintió y se limitó a decirles que no permitiría que anduvieran haciendo el tonto por la casa, pero que fuera podían hacer lo que les apeteciera. La madre de Élzig mudó el bochorno por sorpresa, y su señora la tranquilizó explicando que, en su tierra, era habitual que surgieran aquel tipo de romances entre señores y servidumbre, y que durante el servicio de armas al que estaban obligados todos los nobles era aún más frecuente que se tomara un amante, ya fuera del mismo rango o inferior. Tan solo era obligado mantener el decoro y la disciplina, algo que les recordó a los jóvenes que excluía dedicarse a fornicar por las estancias, perturbando la paz del hogar.

Por tanto, Élzig y Khérmer pudieron disfrutar de su romance durante sus salidas y empezaron a hacer planes de futuro. Al parecer, la madre de Khérmer aspiraba a conseguir su acceso a la academia imperial de oficiales, para lo que había ido estableciendo contactos discretos con algunos miembros de la burocracia a

lo largo de los años. Khérmer sugirió a su amante que intentara alistarse en el mismo cuerpo al que finalmente fuera destinado para seguir juntos, y este soñó con la idea de acabar compartiendo carrera con él para recorrer los anchos confines del Imperio, desde el cuerno de Eskinnen en el este hasta la frontera con las Islas Independientes en el oeste, desde la cuenca del Seaban y la selva de Tagh—Éiber en el norte de Tajánaeith hasta la muralla donde empezaba el Gran Desierto en el norte de Amánaeith. Serían hermanos de alma para siempre, viajarían y lucharían juntos, y ambos estarían dispuestos a dar la vida por el otro.

Aquellos sueños se quebraron en una noche sin luna.

Los gritos de la señora alertaron a Élzig y su madre, quienes compartían habitación en la planta baja. La más rápida en reaccionar fue su madre, lo que tuvo consecuencias funestas para ella, ya que nada más abrir la puerta un dardo de ballesta le atravesó la garganta y la arrojó al suelo entre borbotones de sangre. Élzig chilló e hizo amago de inclinarse sobre ella, mas, al ver la silueta oscura recortada contra la penumbra del exterior, su instinto de supervivencia tomó el control y se arrojó sobre ella antes de que pudiera recargar. Notó la dureza del acero bajo sus ropajes negros antes de ser derribado con una llave y una palabra en lenguaje arcano que lo sacudió como un rayo y le hizo perder el control de sus músculos. Entre convulsiones, vio cernirse al atacante encapuchado sobre él al tiempo que comenzaba a desenvainar la espada, pero entonces un silbido desvió su atención hacia la planta superior. Otros tres encapuchados salían a toda prisa, dos de ellos cargando con un fardo envuelto en lienzo negro y, tras dirigirle una última mirada, le dio la espalda y se reunió con ellos para salir en tromba por la puerta hacia la calle. Luego cayó el silencio, roto tan solo por sus gemidos y el rechinar de sus dientes conforme luchaba por ir recobrando el control de su cuerpo palmo a palmo.

Cuando por fin fue capaz de empezar a arrastrarse hasta su madre, constató que nada podía hacerse por ella al chapotear en el charco de su sangre. Lloró y maldijo, y ordenó a su cuerpo que se doblgara a su voluntad para, al menos, poder ponerse a cuatro patas y ascender penosamente los escalones hasta la planta de arriba. Apenas podía ver nada en la oscuridad, rota tan solo por la vela que dejaban siempre prendida por las noches, pero no tardó en descubrir el cadáver de la señora. Tenía una daga en la mano y los ojos abiertos, además de un tajo desde la clavícula hasta la cadera que también encharcaba el suelo de baldosas de terracota. Balbuceó hasta lograr articular el nombre de su hermane de alma, aunque a aquellas alturas ya sabía que era en vano. El dormitorio de Khérmer estaba vacío y exhibía signos de pelea. Su amante había plantado cara con ferocidad, pero no había sido suficiente para rechazar a los secuestradores.

Lloró con amargura hasta que sintió que ya volvía a ser dueño de sí mismo y, con el cuerpo cubierto de sangre, salió a trompicones para llamar a la guardia. Dos urbanos no tardaron en acudir y lo acompañaron al interior, donde escucharon su relato al tiempo que examinaban los cadáveres a la luz de su linterna con fría profesionalidad. Uno de ellos fue en busca de refuerzos mientras el otro se quedaba revisando las estancias y cubría los cuerpos con sendas sábanas. Cuando llegó el oficial con un pelotón de guardias y un carro, el vecindario empezó a salir de sus camas para cotillear desde los balcones y Élzig repitió el relato ante un vaso de vino mientras lo interrogaban de nuevo. El oficial examinó el dardo extraído del cuello de su madre y dijo:

—Esto viene de Atha, como la daga que llevaba la señora de la casa. Probablemente se trate de un ajuste de cuentas entre extranjeros. Tendrás que acompañarme a hablar con el magistrado, chico. ¿Dices que se llevaron al hijo?

—Eso creo. Estaba en el suelo con el cuerpo tieso, pero vi cómo cargaban con un fardo envuelto al huir.

—Hum. Magia de combate, probablemente. Has tenido suerte de salir con vida, muchacho. Esos tipos son muy peligrosos.

—Por favor, tienen que detenerlos. Tienen que rescatar a Khémer.

—Será difícil. Seguramente tenían preparada la huida, a estas alturas podrían estar ya fuera de las murallas o a bordo de un pléikar sin insignias rumbo hacia los Estrechos. De todos modos, lo investigaremos. No es buena cosa que esos demonios anden por la capital como un enano por las piedras.

Y así comenzó un desesperante itinerario burocrático durante el que, no obstante, Élzig llegó a enterarse de varias cosas. Al parecer, la señora era una noble exiliada de Karth-Sakom que había estado en contacto con varios miembros del senado para buscar asilo y vendiendo información sobre el enemigo ancestral del Imperio para ir reponiendo los ahorros menguantes que había podido llevar consigo. Su hijo sería, por tanto, heredero de alguna de sus castas militares gobernantes, lo que explicaba que el padre hubiera montado aquel secuestro para recuperarlo. Élzig se atormentó pensando que quizá deberían haber sido más discretos, puesto que si habían acabado dando con su paradero, habría sido sin duda gracias a los rumores y cotilleos que no se había molestado en evitar. Con el dinero y los contactos suficientes, alguien empeñado en dar con él habría acabado por obtener resultados. Mientras él se hallaba dentro de una burbuja de felicidad junto a su hermano de alma, las sombras se habían ido espesando a su alrededor sin que se percataran.

Consiguió adueñarse del dinero que tenía la señora en casa, así como de cuantas posesiones pudo retener o vender, aunque la cuenta que tenía en el Banco Comercial fue transferida a be-

neficio del Imperio al no haber herederos que la reclamaran. Se sirvió de la casa hasta agotar el plazo de la última renta y luego, con las primeras hebras de un plan entretejiéndose en su cabeza, hizo el petate y abandonó la capital. Su vida había dado un vuelco que a partir de ese momento lo llevaría a hacer todo lo posible para dedicarse al único objetivo de poder reunirse con Khérmer y cumplir los sueños que habían construido juntos.

Debería empezar por aprender a luchar para que nadie volviera a interponerse entre ambos. No tenía los contactos ni la paciencia para comprometerse al servicio del ejército imperial ni las dotes necesarias para ingresar en una escuela de luchadores profesionales como los que se batían en la arena para disfrute de las masas. Había, sin embargo, un camino arriesgado y duro, pero muy expeditivo para un joven con ganas de apostar al todo o nada. Si conseguía salir con vida, además de un oficio, habría adquirido las habilidades que le harían falta para abrirse paso hasta reunirse con Khérmer de un modo u otro.

A bordo de un barco que zarpó rumbo al oeste, hacia la isla de Zaméith y su afamada escuela de mercenarios, arrojó las cenizas de su madre al mar y se preparó para emprender la senda que habría de llevarlo de vuelta a los brazos de su amada, rezando a Oros para que velara por elle hasta entonces.

Ocho dolorosos años más tarde, su búsqueda podría comenzar al fin.